

LA EXCURSIÓN

¡Por los dioses, qué calor! Esta calzada es interminable. ¿Quién me mandaría a mí venir a esta excursión?

Hoy es el segundo día de las kalendas februaris, pero parece que estamos en las nonas de maius. Avanzamos por la Vía de la Plata hacia Emérita Augusta, para ver las obras arquitectónicas más importantes de toda Lusitania.

Vamos en un carro que las maestras Laetitia y Lucretia han alquilado para el viaje que hay que hacer desde Perceiana hasta la ciudad.

A mi izquierda, Alba, una chica de mi clase, también suspira de calor, y a mi derecha Cornelius y Claudia también soportando este insólito calor.

Nosotros cuatro somos de la misma clase, pero en este viaje también nos acompañan otro grupo de chicos y chicas mayores que nosotros. Ellos parecen un poco más animados.

No veo otra cosa que viñas y olivos por todas partes y en los campos hombres, generalmente esclavos, trabajando la tierra de sus señores.

Acabo de ver en un miliario que había al borde de la calzada que indicaba que ya nos quedaba muy poco. Además, en el miliario había un anuncio político del emperador Augusto.

Me giro un poco para ver si falta mucho y descubro que estamos a punto de llegar a las puertas de la ciudad.

Sobre la silueta de la ciudad destaca el acueducto, debido a su gran altura.

Atravesamos la puerta sur y avanzamos hacia el puente que atraviesa el Anas. La maestra Laetitia nos llama la atención para que lo observemos bien, ya que cuando volvamos a clase mañana nos preguntará los detalles arquitectónicos.

El carro se para y nos bajamos. Nos esperará aquí hasta que volvamos.

Antes de comenzar a cruzar el puente, tenemos que sacar de nuestros bolsos unas tablillas que pesan una barbaridad y ahora pintamos en ellas el puente. Las maestras nos dan apuntes que vamos colocando en los márgenes del dibujo.

Comenzamos a andar por el puente. ¡Madre mía! Esto es más largo de lo que me había imaginado. Parece que nunca se acaba. ¡Por Júpiter! Y, para colmo, este inaguantable calor que está haciendo estragos en nuestras cantimploras. Vale, ya vamos por la mitad, un esfuerzo más.

¿Por qué harían este puente tan largo? Bueno, ya hemos llegado.

Entramos en el entramado de calles en dirección al teatro. Pasamos por delante del foro, que a estas horas está a rebosar y también por el templo

de Diana. Algunos quieren pararse a comprar algo, pero las maestras no se lo permiten.

Seguimos andando por el cardo, hasta llegar al Cardo Máximo y luego giramos y llegamos a las puertas del teatro.

Entramos y pasamos por una serie de jardines. En un rincón hay un altar dedicado al emperador y a su familia.

Entramos por el "gallinero". En el escenario están preparando un decorado para la función de la noche.

Nos sentamos en la grada y volvemos a sacar las dichas tablillas y comenzamos a hacer un boceto del teatro y a coger apuntes que la apasionada Laetitia nos dicta.

Este sol me va a derretir los sesos. No hay ni una pizca de sombra en la grada donde poder guarecerse. Al menos ya estoy terminando, un par de columnas más por aquí y... ¡Ya está! Me voy a algún sitio donde haya un poco de sombra.

- ¿Qué ha sonado, maestra Lucretia?- pregunta Cornelius apartando la vista de sus tablillas de golpe al igual que todos, porque de pronto ha sonado un gran rugido que nos ha puesto los pelos de punta.
- Seguramente sea alguna fiera.- nos contesta.
- ¡Ay, qué miedo! Yo no quiero ir para allá, maestra Laetitia.- dice Claudia.
- ¡Dejad ya de decir tonterías! ¡Por los dioses! ¡Todo el día quejándose!
- Yo quiero verlas, a ver si se come a alguien.- dice Antonio, uno de los mayores.
- ¡Bah! ¡Ya saltó otro! ¡Nada se va a comer a nadie!- nos grita Laetitia.

Ahora, precisamente, nos toca ir al anfiteatro. Claudia no deja de quejarse, pero los demás quieren ver al bicho que ha hecho tal ruido.

Llegamos al anfiteatro pero en la arena no hay nada ni nadie. Tan solo en la grada de enfrente hay personas, que por la pinta parecen galos, y están señalando hacia una puerta que hay en uno de los extremos del recinto, la cual está cerrada con una reja.

Entre la grada y la arena hay un pequeño corredor separado de la arena por una reja donde se colocan los guardias durante los espectáculos. Enfrente de nosotros un poco por encima de donde se encuentran los galos, está el palco principal, donde hay dos tronos.

Me acabo de dar cuenta de que en lo alto de un árbol que hay fuera del recinto hay un buitre posado. Seguramente estará esperando a que haya algún espectáculo para poder comer.

No podemos pasar a la arena, pero nos acercamos a la puerta a la que señalaban los galos para ver si conseguimos ver algo, pero no hay suerte, aunque sí que se oye que hay algo muy grande ahí abajo.

Volvemos a hacer un dibujo del lugar y proseguimos nuestra visita.

Salimos a la calle y por el camino hablamos animadamente con las maestras. Laetitia, es la encargada de la asignatura de arte y no deja de señalar a uno y otro lugar asombrándose de cualquier detalle. Lo que más le llama la atención es una casa que hay cerca del anfiteatro, que es enorme. ¡Ay, que se entra! ¿Cómo se le ocurre? Menos mal que Lucretia la ha parado y vamos a proseguir el viaje.

¡OH, OH! El dueño de la casa ha oído a Laetitia y ha salido. ¿A que nos riñe? ¡Ah, pues no! Nos va a dejar ver la casa por dentro. ¡Qué majo! Pero Laetitia está revuelta. Lucretia va a tener que emplearse a fondo y sacar toda su paciencia para contenerla.

Entramos por la gran puerta que hay, y lo primero que vemos es un peristilium precioso con muchas columnas y un pozo. A la derecha de la entrada hay un par de habitaciones con pinturas en las paredes y a la izquierda está la cocina. Avanzamos por un pasillo adornado con un mosaico. A Laetitia le da algo. Ahora entramos en un triclinium con un mosaico en el suelo que representa una escena de otoño. Seguimos por el pasillo, cuyo suelo Laetitia no se atreve a pisar por lo bonito que es y llegamos a otro triclinium donde los mosaicos representan escenas marinas. ¡Qué bien hechos están los peces, y qué paciencia tendrían los que lo hicieron! Esta casa es realmente grande, demasiado incluso, parece que hay dos viviendas juntas.

Nos despedimos del dueño de la casa y proseguimos nuestra ruta hacia el acueducto.

Por el camino, las tripas nos rugen de manera similar al rugido que oímos antes en el anfiteatro, la hora quinta está cerca.

Ya vemos el acueducto. Laetitia nos mete prisa para dibujarlo y coger los apuntes correspondientes porque ella y Lucretia quieren irse pronto a comer.

Al terminar, nos separamos. Nos damos una vuelta por las calles en busca de alguna taberna donde comer. En la esquina veo una. Entramos y pedimos una ración de pollo y otra de cerdo.

¡Qué bien me siento con las tripas llenas! Ahora me proponen ir otra vez al acueducto.

Es la sexta hora, nos apetece echarnos en algún lugar, y bajo los arcos del acueducto se está de miedo. Nos tumbamos en la hierba, con la espalda apoyada en una columna y cerramos los ojos. Después de la paliza que nos hemos dado, a mi no me apetece moverme de aquí para nada, pero como

lleguemos tarde al punto de reunión donde hemos quedado a la hora séptima, Laetitia y Lucretia nos echarán una bronca que hará encogerse de miedo al mismísimo Plutón y seguro que ese ha visto cosas con las que uno no podría volver a pegar ojo.

Abro los ojos con desgana y miro mi reloj de sol de pulsera y veo que sólo nos falta una clepsidra para disfrutar.

Al cabo de un rato, vuelvo a comprobar mi reloj y veo que nos falta poco para la séptima hora. Qué pocas ganas hay de levantarse.

Por fin nos hemos levantado todos, con cara de sueño y nos ponemos en marcha hacia la puerta La Villa.

No sé por qué me extraña que Laetitia y Lucretia aun no estén aquí. Luego dicen que somos nosotros. Bueno, por ahí vienen.

Ahora tenemos que ir al circo, el último lugar sobre el que tenemos que hacer un trabajo. Lo malo, es que el circo está lejísimos y después de la corta siesta y con la comida aun en el gañote no creo yo que sea muy sano andar ahora. Pero las maestras son inflexibles.

¡Oh, que harta estoy de andar! Me van a salir ampollas en las ampollas. Ni los esclavos se dan palizas como la que nos estamos dando hoy, seguro. Me voy a rebelar como Espartaco. Bueno, parece que ya llegamos al circo. Es más grande que el anfiteatro.

Hemos tenido suerte, en este momento hay varias bigas entrenando para alguna carrera. ¡Cómo corren! En las curvas parece que van a resbalarse y salirse, pero no, ¿cómo lo harán?

Sacamos por última vez las condenadas tablillas que nos han dejado la espalda hecha polvo de cargar con ellas por toda Emérita y pintamos el circo.

Ahora nos dan una buena y una mala noticia: la buena es que ya hemos terminado y podemos descansar, la mala es que podremos descansar cuando estemos en el carro camino de Perceiana, y el carro está en la otra punta de la ciudad. ¡Otra vez vamos a tener que pasar por ese puente!

¡Qué se le va a hacer! Con tal de poder sentarme y descansar haré el esfuerzo.

Paso de narrar todo el viaje de vuelta, así que retomaré el relato cuando hayamos llegado.

. . .

El viaje de vuelta no ha sido tan largo como el de ida, incluso el puente se me ha hecho corto (pero solo un poquito.) Además hemos llegado un poco antes de lo previsto y podemos descansar antes de llegar el carro.

Ya estamos montados y nos alejamos camino de Perceiana, dejando atrás la hermosa silueta de Emérita Augusta.

Por suerte para nosotros, el viaje de vuelta no va a ser tan aburrido como el de ida, porque tenemos a Laetitia, con la que una nunca se aburre.

En este regreso nos lo vamos a pasar en grande cuando a Claudia y a Laetitia les de la risa floja y le saquen los colores a Lucretia.

Sara (la tática, tática, tática, etc., nieta de la narradora) Díaz
Morales, 1º Bachillerato C.

NOTA DE AUTORA: Laetitia = Marisa/ Lucretia = Rosa/Cornelius = Dani/
Claudia = Lorena